



ANDREW MILLER

El insensible

En los albores de la era de la Razón, cuando las oscuras sombras de la superstición comenzaban a ceder ante la luz del saber empírico, se sitúa la misteriosa historia de James Dyer, un hombre que merced al dudoso privilegio de ser inmune al dolor físico logra alcanzar las cotas más altas de la incipiente ciencia médica. En torno a esta curiosa paradoja ha construido Andrew Miller una novela extraordinaria, aclamada unánimemente por la crítica y que traerá a los lectores inequívocas reminiscencias de otra obra de similar rareza, *El perfume de Patrick Süskind*.

Desde su fugaz concepción sobre la superficie helada de un río hasta el momento crucial en que conocemos su oscuro secreto, la vida de James Dyer es el eje de un relato sin concesiones, rebotante de imágenes, sonidos y aromas de una época en la que tanto villanos como víctimas eran títeres de una sociedad implacable, donde la vida parecía supeditada al azar, la traición y la malicia. «¿Qué necesita más el mundo, un hombre bueno y normal, o alguien excepcional, aunque con un corazón de hielo?». La pregunta, en boca de uno de los personajes, sintetiza tal vez el inquietante escepticismo de Andrew Miller, cuya profundidad y honestidad, unidas a una prosa potente y refinada, hacen de *El insensible* una obra singular y reveladora.

A mi familia

*¿Y obtuviste lo que querías
de esta vida, aun así?
Sí
¿Y qué querías?
Saberme amado, sentirme
amado en la tierra.*

Raymond Carver

PRIMERA PARTE

1772

1

Una tarde de agosto, calurosa y orlada de nubes, tres hombres cruzan el patio de una cuadra cerca del pueblo de Cow, en Devon. El grupo sorprende por su formalidad: los dos hombres más jóvenes, a guisa de heraldos o guardianes, preceden solemnemente a su anfitrión, aunque en realidad parece que tiren de él (de su masa cubierta de negro, de su rostro encarnado) por unas riendas invisibles. Uno de los visitantes lleva en la mano una bolsa de piel que, mientras el hombre avanza hacia la puerta de la cuadra, produce un ruido amortiguado de chatarra.

Es el mayor de los tres hombres quien, tras una pausa, abre la puerta y retrocede para dejar paso a los otros. Los dos más jóvenes entran lentamente en el oscuro recinto. Han limpiado la cuadra. El olor a caballo, a paja, a cuero y excrementos se mezcla con el olor a espliego quemado. El cadáver no desprende mal olor pese a la época del año, y el reverendo se pregunta si Mary conocerá el arte de conservar a los difuntos. En otros tiempos los dioses mantenían incorruptos a los héroes muertos hasta que los juegos fúnebres habían terminado y se habían encendido las piras. Todavía hay métodos, seguro. Ungüentos, sortilegios, ciertas oraciones. Mary, que hasta ahora ha estado sentada en un taburete de ordeñar, junto a la mesa, se levanta cuando ellos entran: una figura pulcra y menuda en la que ondulan las sombras.

—Bueno, ya estamos aquí —anuncia el reverendo—. Estos caballeros —añade señalando a sus acompañantes— son el doctor Ross y el doctor Burke. Son médicos, Mary.

Ella aparta la vista del reverendo, pero no para mirar a Burke y a Ross, sino la bolsa que el doctor Ross lleva en la mano.

–Médicos –repite el reverendo con voz queda.

Quiere llamarla «moza», pero aunque la muchacha, a juzgar por su aspecto, es más joven que él, parece infinitamente mayor, y no sólo mayor, sino como perteneciente a otra era, a otra categoría; pariente de las piedras, de los venerables árboles.

Mary se marcha en silencio; más aún, sin producir el menor sonido audible. Burke mira a Ross y articula la palabra «bruja». Se santiguan ambos discretamente, como si se arreglaran los botones del chaleco.

–Si no nos damos prisa la tormenta nos pillaré por el camino –dice Burke–. ¿Tiene una lámpara, reverendo?

Hay una lámpara, la que llevaron cuando trasladaron el cuerpo. El reverendo la enciende con el esquero (tac-tac, eslabón contra pedernal) y se la pasa a Ross. Ross y Burke se acercan a la mesa en que yace James, enfundado en una camisa de dormir de lana. Su cabello, casi blanco cuando llegó a la rectoría, había empezado a oscurecer el último año. Mary se lo ha lavado, se lo ha frotado con pomada, se lo ha cepillado y se lo ha atado con una cinta negra. No parece dormido.

–Un bello cadáver –observa Burke–. Con unas facciones notables.

Bajo las manos cruzadas de James hay un libro con la cubierta de piel gastada. Burke lo coge, mira el lomo y se lo pasa al reverendo, que ya lo ha reconocido: *Los viajes de Gulliver*. James lo cogió del estudio hace sólo una o dos semanas. ¿Quién lo habrá colocado allí? ¿Sam? ¿Mary? Sam puede quedarse el libro si quiere. El chico debería quedarse algo.

Ross desnuda el cadáver y deja caer la camisa de dormir al suelo. Saca un cuchillo de la bolsa y se lo pasa a Burke, que tras examinar su filo hace un movimiento afirmati-

vo con la cabeza. Burke pone una mano sobre la barbilla de James y practica una incisión desde la parte superior del esternón hasta un punto situado encima del vello púbico. Después hace otro corte transversal por debajo de las costillas formando una cruz invertida, húmeda y de bordes sanguinolentos. Se detiene para sacar un estuche de gafas del bolsillo de su chaleco, se coloca las gafas y pestaña. Murmura algo por lo bajo, coge un colgajo de piel y grasa y tira de él. Se sirve del cuchillo para desprenderlo, para separarlo de la materia que hay debajo. Tiene unas manos musculosas, de marinero. Ross sostiene la lámpara. Empuña un palo que recogió al salir de la casa. Lo utiliza para tocar los intestinos de James.

—¿No quiere acercarse un poco, reverendo? No creo que pueda ver gran cosa desde donde está.

El reverendo se adelanta a disgusto. Burke le repugna.

—Sospecho que el reverendo está más interesado en el inquilino invisible de la casa que en la casa en sí —comenta el doctor Ross.

—Así es, señor —responde el reverendo Lestrade.

—Veamos el corazón —dice Burke.

Empiezan a abrir el pecho, cortando las costillas con un serrucho y atacando luego los grandes vasos con el cuchillo. Los médicos están claramente emocionados, radiantes. Se podría escribir un informe sobre el caso, presentar una ponencia ante sociedades y círculos de ilustrados: «Algunas consideraciones... mmm... acerca del caso del difunto James Dyer. Investigación sobre... el extraño y singular... que hasta los veintitantos años de edad fue inconsciente de... no supo... no manifestó ninguna sensación... percepción... conocimiento... del dolor. Con pruebas, ilustraciones, testimonios, etcétera».

El reverendo se aparta, mira hacia el patio, donde dos pájaros picotean grano de un pastel de estiércol. Más allá, en el muro donde cultiva minutisa, una puerta verde conduce al jardín. Asocia la puerta con James; le parece verlo

entrando y examinando las peras o sencillamente plantado en el patio, con el rostro ceñudo como si no lograra recordar lo que se disponía a hacer.

Lo distraen unos ruidos como de una bota pisando barro. Ross tiene en sus manos el músculo roto del corazón de James Dyer. Da la impresión, piensa el reverendo, de que está deseando comérselo, y de que sólo una pizca de recato le impide hacerlo. Burke se seca las manos con un trapo y saca un periódico doblado del bolsillo de la casa. Abre el periódico y lo extiende sobre los muslos de James; a continuación coge el corazón que le entrega Ross y lo pone sobre el periódico.

—Si no tiene usted ningún inconveniente, reverendo...

—dice Burke. Envuelve el corazón y lo guarda en la bolsa.

—Ninguno, señor.

Los corazones de los muertos no son sagrados. Que lo examinen. Y recuerda, como recuerda tan a menudo, aquel otro examen: Mary de pie junto a James en la habitación de él, en la casa de Millionaya, volviendo la cabeza al oír la respiración del reverendo, que estaba en el umbral, inmóvil, con la criada. Luego, convencida de que el reverendo no se entrometería, de que no podía entrometerse, Mary volviendo a mirar a James (dormido, quizá drogado), desabrochándole la camisa y dejándole el pecho al descubierto. La habitación estaba bastante oscura, pues sólo había una pequeña vela junto a la ventana. Sin embargo el reverendo sí vio algo: la mano de Mary atravesando aparentemente el cuerpo de James, pero sin dejar ninguna señal; sin dejar más señal que la que habría dejado si hubiera sumergido la mano en un odre de leche.

—¿Reverendo?

—¿Señor?

—Se está perdiendo cosas interesantes. Esto de aquí es la vesícula biliar.

—Discúlpeme. Estaba... pensando. Recordando al doctor Dyer. Estuvimos juntos en Rusia.

—Ya lo ha mencionado usted. Varias veces. Es muy natural que piense en él, señor, aunque el recuerdo conduce a los hombres hacia el sentimiento, y el sentimiento, que es admirable en su profesión, es un lujo en la nuestra. No debe ver usted en estos restos a su antiguo... a un hombre al que conoció, sino el material para una legítima investigación filosófica.

—Un cofre carnal —interviene Ross, cuyo aliento desprende un inconfundible olor a oporto y cebollas que persiste entre los demás olores de la cuadra— lleno de enigmas.

El reverendo se queda mirándolos. Se han quitado las casacas, se han arremangado las camisas y están ensangrentados hasta los codos, como personajes de alguna absurda tragedia de Séneca. Ross le quita el cuchillo a Burke y rodea la mesa para situarse junto a la cabeza de James; corta rápidamente por la parte de atrás, por el nacimiento del pelo y, antes de que el reverendo pueda adivinar sus intenciones, desprende de un tirón el cuero cabelludo de los huesos del cráneo y lo deja sobre la cara del cadáver formando un montón sangriento y grosero. Un líquido caliente y ácido asciende a la garganta del reverendo. El reverendo se lo traga y sale apresuradamente de la cuadra, cruza el patio y traspasa la puerta verde que conduce al jardín. Cierra la puerta tras de sí.

Ante él, el terreno asciende suavemente hacia unos bosques añejos. Allí pacen las ovejas y un niño camina junto al fresco lindero del bosque. Al reverendo, dado su estado de ánimo, esa imagen le parece una mentira encantadora, pero la agradece. Para él es como esas pequeñas pantallas pintadas que, según cuentan, los sacerdotes italianos sostienen ante los ojos de los condenados para ocultarles el patíbulo cuando éste se acerca. Se pregunta cómo es posible que se haya dejado engañar por Burke y Ross; pero parecían de fiar, hombres con reputación, ilustrados. Y también él sentía curiosidad por saber si el cadá-

ver de James serviría para explicar parte del misterio de su vida. Se había imaginado algo seco, respetuoso. Pero lo que ha hecho ha sido entregar a su amigo a unos carniceros, unos lunáticos. ¿Y si lo viera ella? Está por la casa, haciendo Dios sabe qué, pues él nunca ha estado seguro de cómo pasa ella su tiempo. Los otros sirvientes, que al principio la temían, ahora están orgullosos de tenerla con ellos, porque Mary los ayuda a remediar sus sufrimientos. Tiene la habilidad, por ejemplo, de calmar un dolor de cabeza con sólo presionar la cara del enfermo.

Se oyen los goznes de la puerta. El reverendo se vuelve. Allí está Mary, bajo el soportal, tendiéndole una caja de madera. La repentina aparición de la chica, como atraída por el aroma de sus pensamientos, le inquieta. Y lo que es peor, el reverendo advierte que tiene los dedos manchados de sangre; se coge las manos en la espalda y pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

Ella abre el pestillo de la caja y levanta la tapa.

—Ah, sí —dice él—, el aparato.

Le gustaría quedárselo. Al fin y al cabo lo trajo él de San Petersburgo con el resto de las pertenencias de James cuando éste desapareció. Creyeron que había muerto.

—Puedes quedártelo, Mary.

Ella mira un momento al reverendo, asiente con la cabeza, cierra la caja y vuelve a entrar en la casa.

Se oye el débil ruido de una sierra. Cuando el ruido cesa, el reverendo regresa a la cuadra, rezando para que hayan terminado, para que Burke y Ross puedan emprender el camino de regreso. El reverendo no piensa dejarlos entrar en la casa. Pueden llenar un cubo de agua en uno de los aljibes y lavarse en el patio. A James tendrán que arreglarlo lo mejor que puedan. ¡Salvajes! Killick lo pondrá en el ataúd y mañana a mediodía lo enterrarán. Quizá Clarke

esté cavando ya la tumba junto al muro contiguo al huerto de Makin.

—¿Han descubierto algo, caballeros?

El reverendo intenta infundir desprecio a su voz, pero sólo consigue darle un tono ligeramente pedante.

Burke levanta la vista. Un enjambre de moscas se afana alrededor de un cubo que han colocado en un extremo de la mesa, bajo la cabeza abierta de James.

—Nada —dice Burke— que yo pueda explicar a una persona escasamente familiarizada con el arte de la anatomía.

—Pero con este calor... y los bichos... Él era médico, igual que ustedes. ¿Seguro que no han acabado?

—Se está poniendo usted nervioso, querido reverendo. Vamos. Esta atmósfera le oprime. Aquí no se siente cómodo. Mire, será mejor que se retire y se tome algún purgante. Ruibarbo, por ejemplo.

—O pulpa de coloquintida —dice Ross sin disimular la risa.

—Sí, la coloquintida le sentará bien —coincide Burke—. O un poco de corteza de raíz de *Euonymus atropurpureus*. Si es que la tiene a mano. Dudo que un hombre con su fisonomía se purgue con demasiada frecuencia. ¿Está de acuerdo conmigo, doctor Ross?

—Una medida muy purificante, doctor Burke. Estoy seguro de que el pobre Dyer se la habría aconsejado.

—Ya le informaremos de nuestros hallazgos —concluye Burke.

Una mota de luz atrapada en las gafas de Burke centellea en el aire como si fuera una chispa de ira.

—Esperaré en mi estudio —dice el reverendo tras vacilar un instante.

Sale a toda prisa, demasiado cansado para sentirse ofendido.

2

El patio espejea: luz de estrellas en las superficies de los charcos que ha dejado la tormenta. El reverendo cierra la puerta de la cuadra y cruza el patio. Mary está en la cuadra haciendo compañía a James. Burke y Ross dejaron el cadáver aceptablemente cerrado, y el reverendo, con la ayuda del señor Killick, lo colocó en la caja al anocheecer, clavando luego la tapa. Killick, un buen hombre, ayudó a regar y fregar la cuadra y a esparcir paja limpia y puñados de hierbas secas. Cuando Mary apareció el aire era respirable, y el horror de aquella tarde había quedado erradicado, salvo por unas cuantas manchas de color de té en la mesa. Las ocultaron con un trapo.

El reverendo, cansado pero tranquilo por primera vez aquel día, pasea por su jardín. No es más que un jardín de casa de campo, nada de lo que uno pueda presumir; sin embargo es una de las cosas de su vida que él ama, sólidamente y sin reservas. ¿De qué otra cosa puede decir lo mismo? Quizá de su hermana Dido, menos cuando ella lo acosa para que cambie el artesanado y ponga algo más moderno, o cuando lo sermonea sobre su atuendo y sus costumbres, que a ella le gusta comparar con los de un pobre coadjutor rural que lleva una taberna.

¿De su protectora, Lady Hallam? Ha envejecido. ¡Cómo le han crecido los pechos, qué carga para ella! Pero sigue mostrando un carácter estupendo, una inteligencia estu-penda. Se merece cada uno de los sonetos que el reverendo escribió para ella, todas las horas que pasó estudiando detenidamente hojas emborronadas luchando pa-

ra que los versos quedaran bien medidos, para lograr una rima que no estuviera completamente vacía de significado. Hay media docena que quizá sean buenos, de entre más de cien, o doscientos. Tiene que quemarlos, por supuesto, el año que viene o el siguiente, o antes si su salud se debilita. No soporta la idea de que los lea algún extraño. El gordo vicario de Cow, al que le encantaba tontear con Lady H. ¡Jamás!

Camina hasta su estanque, da unas palmadas y surgen en la superficie un montón de ondas, anillos de luz que se alejan hacia las orillas. Buenas criaturas, de carne limpia. La señora Colé las sazona, y nadie encontraría un manjar más exquisito en el plato de oro de ningún palacio episcopal. No tardarán en llamarlo al palacio de Exeter. Una educada invitación a que eche a Mary de su casa. Su presencia allí mientras vivía James formaba parte de la caridad del reverendo hacia el médico. Pero una mujer así, una mujer tan completamente irregular en la casa de un siervo célibe de la Iglesia...

Se inclina y mete los dedos en el agua, intrigado por el reflejo de la oscura bola de su cabeza. Una luz se mueve en la ventana del salón. El reverendo se incorpora y se acerca. Las cortinas están abiertas. Tabitha está encendiendo las velas de los candelabros de pared. Una chica grande, fuerte, pesada, una machota, fea, lo único que destaca en su cara es la juventud, la salud. El primer mes que pasó en la casa sufría pesadillas, se meaba en la cama y se paseaba por la casa abatida y con los ojos enrojecidos; se le caían las copas de las manos y era incapaz de cumplir hasta las órdenes más sencillas. El reverendo tuvo una difícil entrevista con su ama de llaves, la señora Cole, quien amenazó con irse a Taunton, a casa de su hermana, si Tabitha se quedaba en la casa. Lo había repetido varias veces («Taunton, reverendo. Taunton»), como si esa ciudad se encontrara en el extremo más alejado del Bósforo. Pero las pesadillas terminaron, la chica resultó ser mañosa, y en

invierno Tabitha y la señora Cole comparten la cama; el ama de llaves duerme acurrucada contra la espalda de la chica como el musgo sobre una piedra caliente. El reverendo ha pensado en alguna ocasión que a él también le gustaría dormir así.

Respira por última vez el aire nocturno, entra en la casa, echa los cerrojos y se dirige al salón. Tabitha, que lleva en las manos una bandeja llena de las segundas mejores copas del reverendo, se sobresalta como si él fuera el diablo y hubiera ido a pegarle un bocado. Es un reflejo nervioso que no deja de irritar al reverendo. Se miran fijamente un momento y luego él recuerda el sentimiento con que lloró la chica al morir James. Un corazón generoso.

—¿Te vas a la cama, Tabitha? ¿Estás cansada? —dice el reverendo.

—Un poco, señor, pero si le apetece un vaso de leche caliente con vino o lo que sea... Mi abuelo siempre se tomaba un vaso de leche caliente con vino antes de acostarse.

—¿Y todavía goza de buena salud?

—No, señor. —La chica sonrío jovial—. Un día se cayó al fuego y se murió. Pero era un hombre de carácter alegre. Antes del accidente, quiero decir.

El reverendo se lo imagina: un anciano en el fuego, un par de piernas arqueadas, pero que muy arqueadas, como la herramienta metálica para separar la cáscara de los huevos pasados por agua. Como algo sacado de un cuadro de El Bosco.

—No, querida, no voy a tomar nada. Todavía no voy a acostarme. Quizá lea un poco.

Ella hace una reverencia; él se fija en su escote, vuelve a temer por sus copas. Al llegar a la puerta Tabitha dice:

—Puedo asistir al entierro mañana, ¿verdad, señor? La señora Cole me dijo que debía preguntárselo.

—Desde luego. Me complacerá verte allí. ¿Le tenías cariño?